

LA NATURALEZA Y LA DEMOCRACIA

por Francisco-Manuel Nácher

La naturaleza no es demócrata. En absoluto. En la naturaleza sobrevive el más apto y, si para sobrevivir es preciso luchar, se lucha y hasta se mata.

No hay ni un solo caso de conducta democrática en la naturaleza. Lo más parecido sería, quizás, el enjambre de abejas. Pero tampoco allí hay democracia. Hay comunidad de bienes, en cuanto a que todos trabajan para todos; y hay división del trabajo, pero no igualdad de derechos ni de obligaciones ni de oportunidades: Cada cual tiene asignada su función desde el momento de nacer y no puede salirse de ella. La reina es reina y morirá reina; los zánganos son zánganos y zánganos morirán, una vez cumplida su misión de fecundar a la primera; las obreras serán siempre obreras, sin posibilidad alguna de ostentar la corona. La única igualdad es la de las larvas - y no son ellas las que deciden - , mientras no se determina, por instinto y no por votación, cuál de ellas recibirá la alimentación especial que la convertirá en reina. Desde ese momento, todo seguirá el plan previsto sin posibilidades de cambio.

La democracia, pues, el gobierno del pueblo por el propio pueblo a través de los representantes por él libremente elegidos, es una creación al margen de las leyes que rigen para los otros seres. Es una obra exclusivamente humana.

Y, si es una obra exclusivamente humana, sólo puede su nacimiento obedecer a la única característica que distingue al hombre de los animales: la razón, el intelecto, y la capacidad subsiguiente de reconocerse como sujeto independiente y distinto de los demás, y de sentirse libre para actuar y, consecuentemente, responsable de sus actos.

Es, pues, la democracia algo con una elevadísima dosis de raciocinio, de libertad y de responsabilidad.

Pero – siempre hay un pero – como no somos perfectos, nuestras obras tampoco lo son. Y la democracia actual es un buen ejemplo de ello. Unas veces son los súbditos los que no se sienten iguales y reclaman más derechos para un grupo, en perjuicio de los demás. Y otras veces son los gobernantes que, una vez en el poder, descubren sus imperfecciones y

practican una política bien lejana de la imaginada y deseada y votada por los gobernados.

De todos modos, aunque imperfecta, aunque muy, muy mejorable aún, la democracia es, por el momento, el menos malo de los sistemas de gobierno. Hasta que llegue la posibilidad de poner en práctica el proyecto de Platón: el gobierno de los sabios. Esperemos, pues, haciendo lo único aconsejable: intentar hacernos sabios nosotros mismos y hacer todo lo posible por que nuestros hijos lo sean también. Entendiendo, claro, por sabiduría, lo que entendía Platón: el conocimiento de sí mismo y de las leyes que rigen el universo.

Y entonces, cuando gobiernen los sabios, como serán sabios, volveremos al funcionamiento originario de la naturaleza: la desaparición de la democracia y el gobierno, por “consenso” de los más preparados. Porque la sabiduría no se vota. ¿Alguien ha votado democráticamente a Dios?

* * *